

Vida de Arcadio



**ARCADI
ESPADA**

PENÍNSULA

Vida de Arcadio
Arcadi Espada

© Arcadi Espada Enériz, 2023

© del fragmento de las pp. 98-99, Rita Gombrowicz, *Kronos*, trad. Bożena Zaboklicka y Pau Freixa, *El cuenco de plata*, Argentina, 2020

© del fragmento de la p. 120, Witold Grombowicz, *Autobiografía sucinta, textos y entrevistas*, trad. Javier Fernández, Anagrama, 1972

© del fragmento de las pp. 260-261, Els Joglars, *La guerra de los 40 años*, Espasa, 2001

© del fragmento de las pp. 314-315, María Stepánova, *En memoria de la memoria*, trad. Jorge Ferrer Díaz, Acatilado, 2022

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70/93 272 04 47.

Primera edición: mayo de 2023

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 7.629-2023
ISBN: 978-84-1100-170-0



Los billetes indican que saliste de la Estación de Francia a última hora de la tarde del 8 de agosto de 1979. Tenías veintidós años. Te acompañaban tu novia Maite y Ramón, un amigo. Las tres noticias principales en *El País* de aquel día eran las decenas de muertos en un incendio forestal en Lloret de Mar, la aprobación del proyecto de Estatuto de Cataluña y el debut de Laurie Cunningham en el Real Madrid. En Portbou cambiaste de tren y llegaste a Roma a la noche siguiente, con un par de horas de retraso. Según el informe *Caprarola, agosto* que escribiste, un hombre llamado Sabatini te esperaba en Via Gino Capponi, al sur de la ciudad. Lo retrataste con estilo: «Rebosaba energía y caminaba rápido, como si quisiera escapar de los años». Sabatini tenía el aire del militante experto en intendencias y el humor del que acaban de levantar de la cena. Preguntó con hosca extrañeza por las botas, el saco de dormir y los guantes, el utillaje imprescindible para hacer frente a los incendios forestales. No llevabais nada de eso. De Roma a Caprarola —vuestro destino final— hay más de una hora de carretera y, como ya era tarde para hacer el viaje, Sabatini propuso pasar la noche en Via Capponi. Era un local destartalado, donde debían de reunirse habitualmente los miembros del Servizio Civile Internazionale que organiza-

ba el campo. Sin sacos, el suelo quedaba descartado para dormir. Pero había unas butacas, como saldos de un teatro, que al anfitrión le parecían suficientes. Maite guarda un recuerdo vivo de aquel momento. Ella quería una ducha y tú querías una cama. Trataste, con un italiano inventado, de hacerle comprender a Sabatini que venías de pasar una noche en un tren y que aquel no era un buen lugar para dormir. Como no acababa de hacerte caso, invocaste con irritación el nombre de la autoridad.

—¿Dónde está Marchioni? ¡Quiero hablar con Marchioni!

—Che cazzo ne so io dov'è Marchioni... —masculló el hombre antes de largarse y de anunciar que por la mañana habría allí un coche para llevaros a Caprarola.

Siempre hay cuartos cerca de las estaciones. Merodeasteis un rato por los sórdidos alrededores de Termini hasta dar con un hotelucho asequible. La habitación tenía tres camas. El agua de la ducha era óxido y la luz un hilillo macilento. Cuando Maite destapó las sábanas se convenció de que allí había dormido media Roma, sin que se hubieran lavado nunca.

Las mañanas son venturosas. Aunque era impropio de tu edad, ya lo sabías. Te levantabas como los pájaros, dijiste siempre. Un fraternal Sabatini invitó a capuchinos y pastas antes de meteros en el coche. Caprarola está en el Lacio, enclavada entre los bosques y avellanadas de los montes Ciminos y crecida a lo largo de una calle empinada que remata el palacio construido por los Farnesio a finales del siglo xvi. Las antiguas caballerizas y el parque que las rodea eran el lugar de acampada de los voluntarios. La llegada tuvo lugar hacia el mediodía. Te recibió uno de los jefes del campo: «Le agradezco a Massimo que tuviera esa sonrisa tan bella y esa bondad de hombre cuando me

dio la mano», se lee en tu informe. Esta cursilería de tu escritura llega por dos caminos distintos. *Bella* es propio del que deja de comportarse como una persona normal para ponerse a escribir. *Bondad de hombre* tiene su origen en tu padre. Un gran aficionado a la hombría. Pero en él, con su bigote fino, la camisa blanca, su rígido tergal y sus zapatos implacables, era un rasgo de estilo veraz. Entre las fotos que hiciste hay un par de grupo. He contado treinta y una personas. Casi todas sonrían, como es de ley. Ahí está Massimo: alto, corpulento; una buena cara, en efecto. El abultado Renato, con sandalias y calcetines, y gorra y gafas negras y barba negrísima: nada le quedaba a la vista. Franco, seductor y elegante, un comunista de Cinecittà. Jochen e Inge, alemanes. Están los polacos, con Pavel sobresaliendo. Emma, sobria y seria como la época. Daniela tapa a la japonesa del grupo. Marcello y Lina interpelan divertidos al fotógrafo.

Allí te había llevado Marco Marchioni, uno de los responsables del Servizio Civile, amigo y colega de Fausto Miguélez, que era tu profesor de Sociología en la facultad de Periodismo donde aproximadamente estudiabas. Aquel curso Marchioni le pidió que buscara jóvenes a los que pudiera interesar la experiencia del campo y Miguélez debió de lanzar la oferta uno de los raros días que fuiste a clase. Tú nunca llegaste a verle, pero una noche de octubre, cuarenta años después, yo cené con Marchioni en un restaurante del barrio. Cumplidos ya los ochenta, seguía con su concienzuda carrera de sociólogo, que en buena parte había hecho en España. No había dejado el Partido Comunista Italiano. Era un problema secundario —y no era el suyo— que el Pci ya no existiera. Llevaba su cáncer de pulmón con nonchalance («despreocupación») e incluso se fumaba tres minúsculos puritos al día. Vivía en las Canarias con su mujer

—isleña—, que no habría cumplido los cincuenta. Decía que rechazaba tratarse del cáncer para no darle un trabajo que no merecía. Ella lo observaba con amor y escepticismo, interrumpiéndole para asegurarme que cuando le tocara operarse se operaría. La cena se llenó de nombres de entonces. A muchos los trataste. Cuando llegó al de Alfonso Carlos Comín Marchioni hizo una mueca:

—Su hijo le horrorizaría.

Su hijo, Toni Comín, huyó de España tras participar en el intento ilegal de proclamar la independencia de Cataluña. No estoy seguro de que el padre sintiera tal horror, aunque evité decírselo a Marchioni. Al primer Comín le gustaban las revoluciones. Dos meses antes de viajar a Caprarola le hiciste una entrevista en aquel periódico, *Mundo Diario*. Dada su especialización, le preguntaste, sobre todo, por dios y el comunismo. Hacía poco que la era islámica había empezado en Irán y tenías mucho interés técnico por aquella revolución que no seguía el modelo leninista del partido, sin cuya disciplina el asalto al poder era teóricamente imposible. Comín iba explicando que el aparato de terror del sah había sido sustituido por el terror místico de los ayatolás y que aquello no podía durar. Y entonces añadió: «Las brutalidades que todavía se practican, no me estoy refiriendo, claro, a lo que podrían haber sido “los justos ajusticiamientos”, entre comillas, que en toda revolución son difíciles de evitar, digo que esas brutalidades no sé cuánto tiempo van a poder ser soportadas por el pueblo iraní».¹

Deduzco que nada objetaste a «los justos ajusticiamientos». Ni siquiera el sospechoso pleonismo. Eras un realista. Y Comín, en cuyos ojos brillaba la luz rasgada del fana-

1. *Mundo Revista*, 24 de junio de 1979.

tismo, era el tipo de cristiano que empuñaba el látigo contra los mercaderes. Cuando leo los papeles que dejaste me entretiene observar lo que ayer podía decirse y hoy no se puede. Es difícil que alguien hablara hoy de los «justos ajusticiamientos», ni siquiera esposado por hipócritas comillas. Puede que haya progreso moral. Aunque a veces vacilo. Una de tus conversaciones más leídas fue la que tuviste con Joan de Sagarra, el gran cronista de *Las rumbas*, que en aquel 1978 había sido nombrado responsable de los asuntos culturales en el Ayuntamiento de Barcelona. Tenías veintiún años recién cumplidos y entraste en el noble despacho dispuesto a liquidar a tu primer padre literario. Hay un enternecedor momento en la entrevista en que te ríes y él aprovecha:

—Es la primera vez que te has reído, coño, ¡ya era hora! Pongo en la entrevista al menos, joder. Que tú venías muy serio, aquí. Al menos, tengo algún mérito, ¡joder!

—Normalmente, suelo reírme enseguida.

Con cuán alto orgullo transcribirías «Normalmente...», te estoy viendo. El paso del tiempo ha dejado reducido el orgullo a una vocecilla.

Sobre lo prohibido destaca este párrafo:

Si alguien adora a Joan de Sagarra que le mande botellas de malta. Y si encima tienen hijas que pueden entrar con las botellas de *whisky* de malta, mejor. Y si tienen trece años, mejor. Aquí, los conserjes no tendrán ningún inconveniente en hacerlas entrar. Me gustan las mujeres de los trece a los dieciséis años. A partir de los diecisiete no les digo que no, pero, si voy a decir la verdad, me gustan de los trece a los dieciséis. Como decía el señor Céline: cuando su mujer, en los últimos años, tenía una academia de danza. Lo bonito es una mujer cuando se hace.

La entrevista fue portada de aquel modesto suplemento. En un primerísimo plano lucía la cabeza redonda, calva y rosácea de Sagarra llevándose un trago de *whisky* a la boca. Nada podría trasladarse al hoy. Un cargo político que se deja fotografiar en su despacho mientras bebe alcohol. Y que pide a los que le quieren que le traigan *whisky* y niñas al despacho municipal, que los conserjes no pondrán ningún impedimento ni a una cosa ni a otra. Sagarra tenía entonces cuarenta años. La Policía iría hoy a buscarle por su interés en las niñas de trece. Hace poco tiempo un Gobierno conservador elevó de trece a dieciséis años la edad de consentir sexualmente con personas que no sean, más o menos, de la misma edad. No solo eso: la ley estableció que entre los dieciséis y los dieciocho años las mujeres no deben tener sexo con cualquiera que ejerza influencia sobre ellas. Nunca apreciaste a las impúberes. Las fotos de Laura Antonelli en *Malizia* que guardaste insinúan que siempre te gustó más ser el impúber, dulce pero firmemente violado.

Una mañana del último verano, sentados en la terraza del antiguo José Luis, el propio Sagarra me confirmó que nunca estuvo en busca y captura. Todo lo contrario: «El alcalde Socías me comentó lo bien que había quedado en la entrevista».

Sagarra fue desarrollando algo prematuramente la desconfianza convencional del establecido ante el recién llegado. Tal vez porque con treinta años, y al margen de sus soberbias críticas teatrales, ya había escrito lo mejor que escribiría nunca. Se atrincheró en *Las rumbas* y desde allí lanzaba zarpazos, con garras cada vez más melladas. Él lo sabía, tú ya lo intuías y yo acabé comprobándolo. Algo más pasó con él y no solo con él: también con Manuel Vázquez Montalbán, Eduardo Mendoza, Jorge Herralde, Carlos Ba-

rral o Jaime Gil de Biedma. Todos ellos fueron importantes para ti. Pero no cumplieron. Su tiempo fue el de la conquista nacionalista de la hegemonía, el de la paulatina consolidación de una idea maligna. Eran intelectuales y de izquierdas y las dos condiciones les obligaban a enfrentarse al nacionalismo. Como intelectuales debieron inutilizar el repleto arsenal de las mentiras nacionalistas. Como gentes de izquierda debieron oponerse a que cuajara el sesgo de desigualdad e insolidaridad que el nacionalismo trae de fábrica. No cumplieron. Aquel poeta Barral, por ejemplo. Hace poco he vuelto a leer la carta —un artículo, en realidad, por su extensión y su intención— que publicó en el diario *El País*,² a propósito del famoso *Manifiesto de los 2.300*, por la igualdad de derechos lingüísticos en Cataluña. Pienso ahora en cómo debiste de leer este párrafo:

Es evidente que el catalán es la lengua natural de Cataluña por causa de su implantación milenaria y de su uso continuado y general por parte de los habitantes del mismo territorio a lo largo de siglos, once por lo menos, de los que solamente los cinco últimos comportan un régimen de coexistencia con la lengua castellana, hablada por sucesivas castas detentadoras del poder económico o político e intermitentemente por olas de funcionarios de nación extraña, en situación de tránsito.

Ahí está el escritor de izquierdas, guarecido por sus alusiones a la casta detentadora y a los funcionarios invasores. Pero brilla por su ausencia la primera y clásica preocupación de un hombre que escribe desde ese lugar. Los pobres, los humillados. Todos hablaban castellano. Y eran

2. 5 de julio de 1981.

mucho más numerosos que cualquier otro grupo social que lo hablara. El olvido de Barral es comprensible. No los trató. Alguna rolliza criada castellana, algún barbero fino y poco más. A quien trató, y a fondo, fue a la casta detentadora y a los funcionarios de nación extraña.

Otro párrafo:

 Mi historia personal, ampliamente atestiguada, me acredita como demócrata, si es que el señor Jiménez y sus amigos entienden por tal la profesión constante de antifascismo y antifranquismo. Mi catalanidad, incluso étnica, está acreditada por la onomástica y los siglos.

 Los firmantes del manifiesto habían llamado a Barral «demócrata a la catalana». Es llamativo que el afectado confirmara en todos los extremos, hasta los más escatológicos, la denominación. Aunque hoy no utilizaría el adjetivo *étnica*. A principios de los años ochenta el adjetivo no estaba cosido al sustantivo *limpieza* y fluía como una versión desinfectada de *racial*. Se advierte, en cualquier caso, sin necesidad de malabarismos, el orgullo imponente que segregan los apellidos y el tiempo.

 Y el párrafo final:

 Para terminar, diré que, con ocasión del atentado terrorista en el que resultó levemente herido Jiménez Losantos, declaré en *Diario 16* mi solidaridad con el agredido por el hecho de haberlo sido, pero salvando mi discrepancia, con lo que me considero cumplido en el futuro, si hubiera lugar, que es de desear que no, para nuevas obligaciones de cortesía.

 Te bastará con iluminar el adverbio *levemente*, con el vale por un entierro y con la apositiva muestra de buena volun-

tad. Es espeluznante comprobar hasta dónde se atrevían y qué grado de vulnerabilidad habían alcanzado sus víctimas. Nuestro embarazoso asunto es la suavidad con que semejantes papillas podridas se deslizaban por tu garganta. ¡Ah, si yo hubiera podido ocuparme entonces de tu alimentación!

Marchioni ya vuelve de fumar su reglamentario purito. Más que a fumar salió a descansar la cabeza del ruido del restaurante. Se había convertido en un sociólogo de renombre, pero renegaba: insistía en que solo era un trabajador social y así quería que le llamasen. En 1969 se había puesto al frente del Servizio Civile Internazionale, una organización que fundó un suizo filantrópico a principios del siglo xx. Cuando Marchioni llegó gestionaba cientos de campos, incluido el de Caprarola. Aunque la vinculación con el Servizio Civile duró más de una década, el periodo de su dirección fue corto. Y la causa, inquietante: «Las Brigadas Rojas se habían infiltrado en la organización. Descubrí que en uno de los campamentos los instructores entrenaban a los campistas para que llevaran a cabo actos de sabotaje. Y lo peor es que el Servizio Civile había sido expresamente pacifista desde su fundación. Me aparté».

Mientras hablaba iba recordando algunas de tus discusiones en Caprarola. En especial con aquel Renato, que defendía con vehemencia a Lotta Continua, la cantera de las Brigadas Rojas y en cierto modo su brazo político. Aquella época terminal de Italia. Un año antes de Caprarola habían secuestrado y asesinado al democristiano Aldo Moro. Él y Enrico Berlinguer, el comunista aristocrático que tanto apreciabas (aunque nunca he sabido por cuál de sus dos características), diseñaron el *compromiso histórico* que iba a derribar el muro de Berlín de la política italiana. Fue entonces cuando los terroristas acabaron con la vida de Moro y con la posibilidad de que Italia emprendiera su transfor-

mación política más profunda desde la posguerra. Lo importante no es que yo lo lamente ahora, sino que tú también lo hicieras. Siempre defendiste la ley y el orden. Es decir, lo que eran el Pci y el comunismo en España. Alguien me dijo que no habías tenido adolescencia, o sea, desorden; que pasaste sin transición de la infancia a la edad adulta. Estoy de acuerdo. Incluso he encontrado alguna prueba. El 9 de diciembre, un día después de aprobarse la Constitución, escribías a tu amigo Javier, que estaba en Ceuta haciendo la mili, y así le dabas cuenta de tu estado de ánimo: «Un poquitín tristes porque los fascistas crecen como hongos y un poquitín alegres porque ya tenemos Constitución».

Si no estuviera cogido, podría titular esto *Memorias de un joven formal*. Tenías veintiún años, que es la edad del desacuerdo, y celebrabas el gran acuerdo español. Hay algo más en la carta. Tu formalidad de joven comunista —*eurocomunista*, como decías con una satisfacción que ni los mismos eurocomunistas entendían— se mantuvo vigilante ante tu propia militancia.

Poca cosa, por lo demás, sucede en la coyuntura [*ah, esa palabra, Chanel 5 de la Transición*]. Si acaso una sustanciosa oferta de trabajo, en *Mundo Obrero Diario*, el nuevo periódico del Pce, de redactor jefe (+o-) en Barcelona, que he rechazado porque no soy todavía un periodista comunista. Lo sabes bien, lo hemos hablado muchas veces y no me extiendo. Pero lo cierto es que de pelas seguimos yendo muy mal y no hubiera estado desacertado del todo el aceptarla. Pero no, todavía puedo seguir aguantando.

Y aguantarías.

Comunismo suena hoy antediluviano, hipertrofiado y siniestro. Entonces, donde vivías, hubo pocos que fueran co-

munistas para serlo. En Cataluña muchos eligieron ser comunistas para ser nacionalistas de manera segura y confortable. La izquierda limpia la cara del nacionalismo de la manchada desigualdad que patrocina. Todos los análisis sobre su relación repiten una perplejidad: ¿cómo es posible que personas de izquierda se unan a un proyecto que desfigura su razón de ser política? La incógnita se aclara con la posibilidad inversa: que la característica de partida sea el nacionalismo y la sobrevinida el hacerse personas de izquierdas. Otros se hicieron comunistas por diferente higiene: para acabar del modo más eficaz con el aciago desorden del franquismo. Los tiempos que vivo se parecen a los que viviste. Este curioso fetiche cronológico de que cada cuatro décadas se desencadene una crisis española. O cada cuatro años: depende del siglo. Tú viviste aquella crisis como la instauración de un orden y una limpieza. Aquel primer diseño del diario *El País*. Las severas columnas trazadas por Reinhard Gäde y los blancos neutrales que organizaban las noticias, como si el periódico fuera un espacio público ejemplar: no solo diseñaban un periódico, sino también un país. O, al menos, eso creí años después, en mi exaltación alegórica, llevando hasta el límite la mejor frase que se haya escrito sobre los periódicos, la de Arthur Miller: «A good newspaper, I suppose, is a nation talking to itself».³ Aquel diseño acabó jugándotela. Lo que había dentro no era siempre limpio ni ordenado ni objetivo, aunque tuviera su irresistible apariencia. He vuelto, por ejemplo, a las crónicas que publicaba Alfons Quintà, el corresponsal de Barcelona. Quintà tuvo una vida aparatosa, que acabó de modo terrible, matando a su mujer y luego suicidándose. En sus

3. «Un buen periódico, supongo, es una nación hablándose a sí misma.»

últimos años trabajó en periódicos marginales, en los que daba a conocer rumores que presentaba con su estilo pomposo y anticuado y que trataba de hacer pasar por noticias. Lo inaudito es que entre la escritura de su final y la de *El País* que tú leías no había apenas diferencia. Así, el principal argumento de autoridad de aquel periódico eran sus hechuras. Como en la ceremonia religiosa, la forma hipnotizaba. Pocos se resistieron. Solo José Luis Guarner, el agudo crítico de cine de *La Vanguardia*, criticó en cierta ocasión «la belleza gris» que había sometido a las élites españolas. Era una definición precisa. Vinculaba cromática y moralmente al periódico con la aspiración de orden y severidad krausista de la Institución Libre de Enseñanza a la que Gäde, alemán como Karl Krause, acertó a darle forma, y que tuvo en el filósofo Ortega y Gasset, padre de uno de los fundadores de *El País*, Ortega Spottorno, su eslabón final. Como toda belleza, también la de aquel periódico fue perturbadora. Es decir, te anuló —y a tantos— el juicio crítico.

Ahora, tras la acción de los gusanos, ya solo se ven los huesos, la escritura. Leer los periódicos después de mucho tiempo es engañoso. Los periódicos se escriben y se leen en el festival del día, al compás de un ruidoso carrusel de sentido y de sobreentendidos. El tiempo se lleva el ruido, y con él la gracia y la vivacidad. Leer periódicos de otro tiempo es como leer lápidas. Frías, lacónicas y verdaderas. Si a uno le dio tiempo de tratar a los muertos, la lectura adquiere un carácter particular. El relato aún no es historia, solo una retransmisión en diferido de la vida. Se sabe con detalle lo que pasó después y el relato adquiere así una devastadora melancolía. Te dije que en la primera página del periódico que quizá llevaras en el tren se daba la noticia del esperanzador debut del negro Cunningham en el

Real Madrid. Tú lo viste jugar, y nada menos que en el Camp Nou, donde hizo el partido de su vida. Leer la crónica de su debut sabiendo que su carrera quedaría en poco y que acabaría matándose en un coche a los treinta y tres años es un modo alucinado de leer el periódico. Así debe de leerlos dios.

Marchioni está fatigado y vamos a levantarnos. Aún quiero preguntarle al viejo comunista, no sin énfasis, por el hecho de que tantos de aquellos disciplinados y austeros compañeros de entonces apoyen hoy el movimiento de las 5 Stelle e incluso cosas peores. No parece impresionado por el énfasis. Habla de Módena, un lugar que conoce bien.

—En Módena había cien mil militantes del Pci. ¿Cómo es posible que esos cien mil digan ahora que no quieren a los negros? No hay explicación.

Yo creo que sí hay una explicación. Entonces, en Módena, no había negros. El amor a los negros era platónico. Como el amor al comunismo también lo era.

Influido por tus hipérboles, llegué a estar convencido de que pasaste varios meses en Caprarola. Pero en tu informe constan las fechas de la estancia. Del 10 al 28 de agosto de 1979. Tres semanas, si les sumas los días de viaje y un par de noches que dormiste, luego del campo, en el piso de Franco en Roma. Poco tiempo. La entidad de los hechos que allí ocurrieron es discreta. Volviste a ellos tantas veces —y he vuelto yo tantas— que es fácil enumerarlos.

1. Un atardecer se organizó un partido de fútbol. Italia-Resto del mundo. Hacía mucho que no jugabas al fútbol. Casi todo tu tiempo se lo llevaba el estudio de Lenin. En cuanto tocaste el balón sucedió algo asombroso: nunca habías jugado tan bien. Además descubriste que Ramón, que estaba en tu equipo, lo hacía

también estupendamente. Entre los dos pronto empezasteis a marear a la defensa contraria. Ya ganabais dos a cero y uno lo había marcado Ramón a un escandaloso pase tuyo. Por si fuera poco, no habían pitado un claro penalti cuando ya te ibas solo y hermoso a fundirla en la red. El espectáculo poco duró. Al cabo de veinte minutos echabas el hígado por la boca. Lo achacaste al tabaco.

2. Por las noches os sentabais en torno a una hoguera. Había conversación y canciones. Destacaste. Como rapsoda, sobre todo. Sabías algunos poemas de memoria. «Definitivamente / parece confirmarse que el invierno / que viene será duro.»⁴ «Ben al fons / el cos recorda: encara / tens la pell mig del sol, mig de la lluna.»⁵ «De vuelta del paseo / donde junté una florecita para tenerte entre mis / dedos un momento.»⁶ «No hi havia a València dos amants com nosaltres. / Feroçment ens amàvem des del matí a la nit. / Tot ho recorde mentre vas estenent la roba.»⁷ El mayor éxito lo arrancaste con «La casada infiel»:⁸ «Fue la noche de Santiago / y casi por compromiso». Pocos entendían bien el español allí. Era tu fuego.
3. Otra tarde diste una charla sobre España. Hablaste de la Transición. He buscado con afán entre los pa-

4. Jaime Gil de Biedma, «Noche triste de octubre», *Moralidades*, 1966.

5. «En el fondo / el cuerpo recuerda: aún / es mitad de sol tu piel, mitad de luna.» (Gabriel Ferrater, «Cambra de la tardor», *Menja't una cama*, 1962.)

6. Julio Cortázar, «Hablen, tienen tres minutos».

7. «No había en Valencia dos amantes como nosotros. / Ferozmente nos amábamos de la mañana a la noche. / Lo recuerdo todo mientras tiendes la ropa.» (Vicent Andrés Estellés, «Els amants», *Llibre de meravelles*, 1976.)

8. Federico García Lorca, *Romancero gitano*, 1928.

peles por si quedaba algún rastro. No tenías la edad para votar, aunque sé que te habrías abstenido en 1976, cuando Adolfo Suárez convocó el referéndum para la Reforma Política. Así lo había dispuesto tu partido. Ya digo que fuiste un disciplinado eurocomunista. Un reformista de veinte años.

4. De pronto, un día sonó la alarma. Había un incendio, aseguraban. A eso habías venido, ecológico. Te subiste al coche ya en marcha, camino del bosque. Nunca encontraste el incendio.
5. El misterio de Inge perdura. Una noche os tendisteis los dos en el suelo bajo las mantas, muy abrazados, hasta que amaneció. Era la novia de Jochen. Algo dijo en francés que no acabaste de entender: si eras para ella solo un amigo o más que un amigo. Te dio vergüenza cultural pedirle explicaciones. Al día siguiente, ya levantados, te acercaste y con tu ordinaria torpeza sí se las pediste. Ella sonrió y dijo que no importaba. Meses después recibiste una acuarela suya. Aquí la tengo. Una especie de mar psicodélico, bastante bonito. Hay unas palabras: «Sapores di sale, sapores di mare. Mon amour pour toi est aussi grand que la distance entre nous.⁹ Inge». Pero yo no sacaré conclusiones definitivas.

Los billetes de vuelta no están en tus carpetas. Tampoco hay datos en tu informe sobre el regreso. Solo una adenda sentimental tan empanada que da escalofríos. Qué bien veo, ahora, que el hombre se hace como una escultura, quitándose el rebozado. Copiaste este verso de Gabriel Ferrar-

9. «Sabor a sal, sabor a mar [en italiano]. Mi amor por ti es tan grande como la distancia que nos separa [en francés].»

ter: «De nit, en un cafè, es pot tenir pare».¹⁰ Se lo dedicabas a los hijos de Franco y de Marcello, que estaban en el campo. En recuerdo de las noches que pasaron allí con los adultos. Hay algo de reproche al que fue tu padre, o a mí me parece notarlo. Estúpido. A los adolescentes les gustan mucho los padres de los demás. No conocen la ley de dios. No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno. Maite pasó el viaje asomada a la ventana del tren, incumpliendo la recomendación de los ferrocarriles italianos. «È pericoloso sporgersi»,¹¹ iba repitiendo.

10. «Por la noche, en un café, se puede tener padre.»

11. «Es peligroso asomarse.»